

Rusia y 1917: una mirada cien años después

Russia and 1917: A glance, one hundred years later

JOSÉ CAMILO VÁSQUEZ CARO

Historiador. Profesor del Departamento de Humanidades e Idiomas de la Escuela Colombiana de Ingeniería.

jose.vasquez@escuelaing.edu.co

Recibido: 01/09/2017 Aceptado: 21/09/2017

Disponible en http://www.escuelaing.edu.co/es/publicaciones_revista

INTRODUCCIÓN

Han pasado cien años desde que los bolcheviques se tomaran el Palacio de Invierno en la ciudad de Petrogrado. Fue un hecho poco disruptivo, con escasa violencia y llevado a cabo por un pequeño grupo de insurgentes. La toma del Palacio fue un acontecimiento profundamente simbólico, pues ese edificio representaba la máxima autoridad de poder de un imperio decadente, y tomarse el edificio era, simbólicamente, tomarse el poder. Si bien la Revolución de Octubre empezó como un hecho discreto, sus ecos serían mundiales y trascenderían todos los rincones del globo. La toma del Palacio de Invierno fue un acto que marcó el fin de un orden, un antes y un después, un mundo que nunca sería lo que fue.

Este acontecimiento histórico es uno de los más controversiales del siglo XX. Muchos historiadores han argumentado que 1917 marcó pronunciadamente el inicio de una nueva etapa de la historia mundial y que de ahí se desprendieron una serie de dinámicas y tensiones que se manifestarían a lo largo del siglo. Este

comienzo marcó también, inevitablemente, el fin de una etapa de la historia. La Revolución rusa, de un modo u otro, permeó todo el planeta y cambió el rumbo de la historia de muchos pueblos. Al mirar cien años después, ya con cierta distancia, podemos empezar a entender la complejidad que hay detrás de este hecho histórico. El mundo después de octubre de 1917 nunca volvió a ser el mismo.

El propósito de este breve escrito es presentar una interpretación de la Revolución rusa del año 1917 como acontecimiento histórico complejo. Y al hablar de un acontecimiento histórico complejo, me refiero a un punto estructural en el tiempo y en el espacio en el cual convergieron procesos humanos e históricos de corta, mediana y larga duración. Este concepto se basa en la concepción braudeliana del tiempo. Este escrito está compuesto por cuatro partes: sobre el tiempo, el largo siglo XIX, Rusia antes de 1917 y Rusia en 1917. Hablar o escribir sobre la Revolución del 17 es, hoy en día, un ejercicio académico que nos permite hacer

muchas lecturas y sustentar muchas interpretaciones. Recuerdo cómo hasta hace algunas décadas cualquier discusión sobre la Revolución rusa cobraba un tono político y hasta revolucionario. El mundo, en ese entonces, estaba polarizado entre capitalistas y comunistas, rojos y blancos, Cortina de Hierro y democracias libres, buenos y malos, posturas que se definían según el lugar de enunciación de quien estuviera interpretando el mundo en ese instante.

Hoy, en este planeta globalizado, la Revolución del 17 es un referente cultural e histórico. Tal vez no despierte las mismas pasiones como hace unas décadas, pero su significado y su complejidad pueden ser un referente importante que nos permite entender mejor algunos procesos del siglo XX y algunas dinámicas del mundo actual. En tal sentido, estas lecturas más académicas y distantes nos brindan elementos para comprender mejor nuestro presente. La mirada al pasado es útil para ubicarnos, entendernos y ver la imagen más allá de los límites del presente eterno.

SOBRE EL TIEMPO

Los seres humanos utilizamos el tiempo para organizar procesos y ubicarnos a nosotros mismos. En este orden de ideas, el tiempo es una construcción social que establece referentes, lo cual va desde el uso del reloj para cumplir una cita o el despertador para marcar el comienzo del día hasta la noción de siglo o milenio que nos permite concebir duraciones de tiempo mucho más extensas. Sin embargo, el inicio o el cierre cronológico de un siglo no implica necesariamente que se estén empezando o cerrando procesos humanos y sociales.

Algunas veces utilizamos fechas y acontecimientos para establecer un orden y explicar un fenómeno. Por ejemplo, algunos historiadores dicen que 1492 sirve como fecha referente para el inicio de la modernidad. Esto no implica que las personas en 1491 fueran premodernas y que de repente, en 1492, ya fueran modernas. La modernidad no se construyó en un año. Lo que sí es válido es que a partir de 1492 se comenzaron a dar ciertos cambios y se iniciaron ciertos procesos que empezaron a romper con algunos rasgos de la mirada medieval europea.

Sin duda, hay un consenso en que 1492 fue un año especial para Occidente. La pregunta es cómo utilizamos este referente para explicar procesos, construir narrativas y comprendernos a nosotros mismos. Al igual que 1492 o 1789, el año 1917 fue crucial para la historia contemporánea y me atrevo a decir que para nuestro panorama actual. Cuando hablamos de tiempos y procesos debemos ser muy cuidadosos. De poco nos sirve una fecha o un acontecimiento si no le damos un contexto o un propósito.

EL LARGO SIGLO XIX

A continuación expondré algunas generalidades del siglo XIX. Ante todo, busco presentar un panorama que sirva como telón de fondo para comprender la situación de la Rusia zarista a finales del siglo XIX.

Algunos historiadores hablan de un largo siglo XIX, pues ponen como fecha de inicio la Revolución francesa de 1789 y como fecha final el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. Otros hablan de un siglo XIX que nace con el Congreso de Viena de 1815, cuando Europa se reorganiza después de Napoleón. Lo que hay en común en muchas de estas miradas es que el siglo XIX es el siglo de la civilización europea. Durante esta centuria, Europa se consolidó como metrópoli de imperios, como foco de industria y de desarrollo urbano. Las relaciones y las jerarquías de poder se vieron permeadas por esta supremacía de la civilización europea. El pensamiento progresista y evolucionista de las ciencias naturales, en particular de la biología darwinista, sirvió como base de las nacientes ciencias sociales.

Muchas de nuestras costumbres y ritos cotidianos de hoy en día son producto de un largo siglo XIX. El historiador Jürgen Osterhammel relaciona claramente el siglo XIX con la construcción de nuestro mundo



cotidiano, desde lo intangible hasta lo más concreto. En ese siglo se construyó la noción de individuo —al igual que las nociones de lo privado y lo público—, se fortalecieron los procesos de producción industrial capitalista, se desarrollaron modelos de ciudades, se crearon redes tanto de transporte e higiene como de comunicación, entre tantas otras cosas. Nuestra relación con el pasado, el conocimiento y la cultura tienen elementos concretos del siglo XIX. Como bien lo señala Osterhammel, elementos que marcan nuestra noción de arte, nuestra relación con el pasado y la idea de civilización provienen de las mentalidades del siglo XIX. El ejemplo más claro es el museo, la gran creación cultural decimonónica que bajo su techo reúne lo que amerita ser guardado, coleccionado y exhibido. Por otra parte, cabe mencionar los cambios en la educación. El aumento de la cobertura estudiantil tanto escolar como universitaria fue significativo. Las universidades tuvieron un auge en este siglo, así como también se incrementaron el desarrollo científico y tecnológico.

Otro rasgo fundamental del siglo XIX que señala Osterhammel es la movilidad humana. Gracias a los nuevos medios, tanto de comunicación y transporte, varios grupos de personas se pudieron desplazar de unas partes del globo a otras. Un ejemplo muy concreto son las migraciones de europeos a Estados Unidos en la expansión de la frontera, o de poblaciones asiáticas a California. Las nuevas dinámicas económicas del siglo XIX también permitieron que surgieran situaciones de movilidad social real. El desarrollo del capitalismo y los desplazamientos empezaron a romper con estructuras sociales y económicas estáticas, arraigadas a la tradición y a la tierra. El historiador Sven Beckert señala lo importante que fue el siglo XIX para la consolidación del capitalismo industrial y las nuevas redes humanas.

Si bien el siglo XIX trajo consigo unos cambios profundos en formas y estructuras, dejando de lado esquemas muy antiguos, también trajo nuevas coyunturas de conflicto, tensión y confrontación. La supremacía de la civilización europea implicaba unas relaciones entre centro y periferia. De igual manera surgían tensiones entre las potencias europeas por dominio de puntos estratégicos, mercados, recursos y colonias. Beckert ilustra estas tensiones en forma exquisita en su estudio sobre el algodón como elemento articulador de la historia global.



Tal vez uno de los cambios que rompieron el equilibrio entre las fuerzas europeas fue el surgimiento del Imperio alemán a finales del siglo XIX. El reino de Prusia se fue estableciendo como una fuerza continental y esto vino acompañado de un plan de desarrollo industrial. En menos de dos décadas, el Imperio alemán se convirtió en la fuerza económica y militar del continente. Como fuerza imperial, Alemania llegó a buscar su parte del reparto del mundo, y en pocos años ya estaba en Asia y África disputándose el poder con el Imperio británico y Francia. Esta tensión seguiría en aumento, con conflictos y enfrentamientos, allá en la periferia. Pero se mantenía latente y en algún momento llegaría al continente europeo. La tensión estaba en todas partes y la guerra se veía como un mecanismo necesario para restablecer el equilibrio entre las potencias.

En la metrópoli también se presentaban problemas internos. Por una parte, surgía el tema de las etnias y naciones que conformaban los imperios continentales. Europa concentraba una diversidad étnica y cultural muy alta en un espacio bastante limitado. Estas voces buscaban mayor participación y representación ante el Estado o sencillamente buscaban su independencia. Por otra parte, el mismo desarrollo industrial había concentrado grandes poblaciones obreras que vivían en condiciones deplorables. Las ciudades industriales de Europa reproducían la distribución de la riqueza y la tensa situación entre los obreros y los propietarios de los medios de producción. La concentración de las masas permitió que las ideas y el cuestionamiento se propagaran en forma sistemática.

Como lo han señalado tanto Beckert como Osterhammel, el siglo XIX fue el de la consolidación del

capitalismo industrial y de las redes globales. Gran parte de este fenómeno se dio gracias a la alianza entre Estado y capital. Fue a través de la política como muchos proyectos de empresa se lograron consolidar. Si bien Europa vivió un proceso de industrialización, siguió dependiendo de materia prima obtenida en las zonas lejanas y periféricas. En la metrópoli, las industrias debían garantizar continuidad en su mano de obra para la producción. En un momento inicial, la política era para amarrar la mano de obra a la fábrica, pero con el paso del tiempo las masas obreras se convirtieron en agentes políticos. Su demanda por mejores condiciones y salarios llevó a que la política y los estados los empezaran a tener en cuenta. El siglo XIX europeo fue un siglo de cambios profundos, y con estos cambios surgieron nuevas tensiones.

RUSIA ANTES DE 1917

Rusia fue un caso singular en el siglo XIX. Mientras que Inglaterra, Francia y Alemania vivieron un proceso de industrialización y de consolidación de su presencia económica en diversos rincones del mundo, Rusia continuó siendo un gran productor agrícola relativamente aislado. En la Rusia zarista del siglo XIX seguían existiendo muchos rasgos del sistema feudal, y la sociedad continuaba siendo sumamente jerarquizada y estática, con una distribución de la tierra muy desigual. En Rusia se mantenía la figura de siervos atados a la tierra y a su señor feudal hasta la década de 1860. Como lo ha señalado Hugo Fazio, el final del siglo XIX y el comienzo del siglo XX marcaron una contradicción entre un viejo orden y unos procesos de modernización que vinieron acompañados de ideas revolucionarias.

Rusia funcionaba a un ritmo distinto al del resto de Europa. Desde los años sesenta del siglo XIX se comenzó a abrir a la inversión extranjera y muchos inversionistas vieron la oportunidad de reducir costos de producción trasladando parte de sus industrias al territorio ruso. Rusia era Europa y, a su vez, tenía rasgos y dinámicas de otras latitudes y periferias. El fenómeno ruso condujo, entonces, a un desarrollo del capitalismo industrial muy diferente al del resto de Europa. En el resto del continente se produjo un proceso gradual de siglos, desde la consolidación de un artesanado en centros urbanos hasta la consolidación de un sistema que proveía la materia prima, en combinación con avances

tecnológicos que optimizaron la producción. Se puede afirmar que Rusia se abrió a la inversión extranjera e importó tanto maquinaria como mentalidades y creencias.

Para finales del siglo XIX, el sistema absolutista de un zar era visto como obsoleto y retrógrado. Diversos grupos sociales pedían un cambio y una modernización del orden político y en las dinámicas de producción. La familia Romanov había dominado el Imperio durante siglos y no estaba dispuesta a soltar el poder. La oposición al absolutismo reunía a muchos actores, incluso hasta actores antagónicos que compartían únicamente el deseo de cambiar el sistema zarista por otro. Desde la naciente burguesía hasta la nobleza progresista, pasando por obreros y soldados y liberales moderados, buscaban un cambio estructural en lo que para entonces ya era un orden caduco. Tal vez los que menos buscaban un cambio político eran los campesinos. Ellos llevaban



siglos viviendo en sus pequeñas comunidades agrícolas, alejados de las ciudades y de las ideas de un mundo cambiante. La paradoja es, sin duda, que los campesinos componían la vasta mayoría de la población del Imperio. El absolutismo estaba en manos de los zares, pero los deseos de un cambio eran el sueño de una minoría de la población rusa.

Desde finales del siglo XIX ya se había empezado a manifestar un descontento con el sistema político y el orden establecido por los zares. Este fenómeno se acentuó en las ciudades, en particular las que tenían un

naciente desarrollo industrial. Los cambios económicos y sociales de la segunda mitad del siglo XIX en Rusia llevaron a que surgieran nuevos grupos y nuevos actores en las ciudades. Una clase obrera y urbana estaba consolidada para principios del siglo XX. También los cambios en los medios de comunicación permitieron que las ideas circularan de manera más veloz. Las ciudades rusas de finales del siglo XIX y comienzos del XX habían adquirido ciertos rasgos de otras ciudades europeas. Las tensiones entre clases y los deseos de adquirir poder político se hicieron evidentes. El número de huelgas fue en aumento permanente desde finales del siglo XIX hasta la caída de los Romanov en 1917.

Uno de los hechos que más ilustran estas tensiones, entre viejo y nuevo orden, es el asesinato del zar Alejandro II. Lo sangriento del atentado demostró que lo planeó un grupo subversivo que buscaba borrar al zar y dejar un mensaje muy claro. Debido a este homicidio se cruzó física y simbólicamente una barrera cultural en Rusia, pero lo más extraordinario de todo fue saber de dónde provenían los asesinos.

Otro acontecimiento que bajó de su pedestal a los Romanov fue el desastroso resultado de la guerra ruso-japonesa (1904-1905). Después de este enfrentamiento, el imaginario de la fuerza militar del gran imperio quedó destrozado. El mundo entero fue testigo de las debilidades de Rusia, que carecía de infraestructura y tecnología para llevar a cabo una guerra moderna. La esfera de influencia imperial que se disputaban Rusia y Japón en Corea y Manchuria quedó en manos del Imperio japonés. Aunque vale la pena destacar que la caída de Rusia ante Japón no desvaneció la presencia de las fuerzas europeas y de Estados Unidos en el Lejano Oriente. Muchos conflictos del siglo XX se darían por la continua disputa entre Japón, Estados Unidos y Europa en esta región.

Durante la guerra de 1905 surgieron movimientos sociales que buscaron cambios en la estructura política del imperio. Era una búsqueda desesperada por mejorar las condiciones de vida. El tema de la tierra y la producción agrícola, las diversas naciones y etnias dentro del imperio y las tensiones de clase generadas por el naciente capitalismo industrial ruso condujeron a diversas manifestaciones en contra del sistema autocrático del zar. El descontento se hizo evidente y la baja popularidad de Nicolás II no pudo ser más evidente. La matanza del Domingo Sangriento fue el punto crucial

de la revuelta. Robert Service ha señalado la creación de la Duma como evidencia de esa necesidad de cambio manifestado por las masas. En 1905, el zar tuvo que ceder. Si bien la Duma era un paso hacia el cambio político, en años posteriores el zar tomaría medidas para no soltar las riendas de su poder absoluto.

Las dinámicas del comercio y de las redes del capitalismo mundial presionaron a Rusia a buscar una salida al mar Mediterráneo. Las guerras de los Balcanes de las primeras décadas del siglo XX les abrieron los ojos a los zares para tener una posible salida al mar. El discurso del paneslavismo llamaba al surgimiento de una nueva fuerza en Europa, la unión de unas etnias que compartían raíces lingüísticas y culturales. Al frente de esta unión estaba la Rusia zarista, respaldando a pequeños estados como Serbia, que a su vez cuestionaban el poder y la influencia del Imperio austrohúngaro en los Balcanes. Por otro lado, la decadencia del Imperio otomano generaba un vacío de poder que buscaban llenar otras potencias, como el Imperio austrohúngaro o el Imperio británico. Los anhelos de expansión y la coyuntura de los Balcanes llevarían a Rusia a participar en un concurso bélico para el que no estaba preparada.

Las causas profundas, a mediano plazo e inmediatas de la Primera Guerra Mundial han sido materia de investigaciones extensas y libros extraordinarios. Muchas veces se han explicado con la metáfora de que Europa era un barril de pólvora y que el asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo, en 1914, fue la chispa que detonó la explosión. En este breve texto no pretendo explicar dicho tema, aunque me parece relevante destacar la interpretación del historiador marxista Eric Hobsbawm, quien hace énfasis en que, para una generación, el mundo era uno antes de 1914 y otro después de 1914. Según Hobsbawm, la guerra fue un acontecimiento que sacudió todos los cimientos del edificio de la civilización europea del siglo XIX.

La participación del Imperio ruso en esta guerra fue desastrosa. Esta participación muy seguramente aceleró procesos internos de cambio que ya se venían manifestando desde décadas atrás. En resumidas cuentas, el frente ruso no avanzó; al contrario, con cada día de guerra el frente ruso retrocedía. La pérdida se sintió en el territorio y en las vidas destrozadas. Para la sociedad rusa, los costos monetarios, materiales y humanos de la Primera Guerra Mundial fueron exorbitantes.



Cien años después resulta fácil conectar algunos puntos y crear una imagen de lo que estaba sucediendo y saber hacia donde irían las cosas. Otra cosa muy diferente es estar en la situación de incertidumbre y de tomar decisiones y actuar. Ésta le ocurrió a Nicolás II de Rusia, quien como zar asumió el mando militar y se fue al frente de guerra. Nicolás personificó el fracaso de la guerra y se convirtió en el culpable del malestar que se vivía. Antes, el zar había sobrevivido a los levantamientos, pero en 1917 un levantamiento en la ciudad, después de tres largos años de guerra y desgaste, sacudiría un sistema político instaurado y mantenido a la fuerza durante tres siglos. Ese febrero de 1917, por primera vez en su historia, los cosacos desobedecieron las órdenes de su zar y se sumaron a la protesta.

1917

En febrero (calendario juliano) de 1917 abdicó el zar Nicolás II, dejando un imperio en crisis y en guerra, con un ejército debilitado física y moralmente, una población civil desmotivada y hambrienta, y un orden político absolutamente desacreditado. La abdicación de Nicolás dejó un vacío de poder enorme. Sumado a este vacío estaba también la siguiente pregunta: ¿Y ahora qué sigue? En un principio se pensó que el hermano del zar, el gran archiduque Miguel, asumiría la corona, pero éste no la aceptó. La respuesta fue la creación de un gobierno provisional que velaría por todos los sectores y llevaría a la modernización del Estado ruso.

La coyuntura de febrero fue muy compleja y requiere comprender cómo convergieron los intereses de los

actores implicados. Si bien todos buscaban un cambio, también estaban por primera vez manifestándose diversas voces y nuevas fuerzas que podrían ser hasta antagónicas. El enemigo en común ya no estaba en el poder, pero quedaba la cuestión de cómo proceder y hasta dónde, así como cuál sería la respuesta del gobierno provisional, inicialmente liderado por el príncipe Lvov y luego por Alexander Kerensky.

Rusia podría haber seguido un camino hacia un Estado liberal burgués y un desarrollo económico capitalista. Igualmente, dadas las condiciones de la guerra y los movimientos sociales, también podría seguir un camino hacia un Estado más radical y de izquierda. La gran pregunta giraba más en torno a dónde se quería llevar el cambio. Los caminos se podían combinar y existían matices. Los liberales, representados por el partido de los cadetes, eran una minoría, mientras que los socialrevolucionarios eran una fuerza política mayor. Sin embargo, en 1917 la mayoría de las fuerzas políticas buscaban un cambio gradual, más acorde con un paso hacia un Estado más liberal. Esta aparente contradicción tenía un buen sustento teórico. Las interpretaciones de la teoría de Karl Marx habían llevado a los actores políticos de izquierda a pensar que Rusia aún no reunía las condiciones para una revolución marxista.

Fue un hombre el que vio que el momento de la revolución era ya, que la coyuntura estaba lista y que las fichas estaban alineadas momentáneamente. Vladimir Ilich Uliánov, más conocido como Lenin, regresó de su exilio a Petrogrado y llegó con la misión de promover la revolución. Incluso sus copartidarios bolcheviques habían apoyado inicialmente el cambio gradual promovido por el gobierno provisional. Sin embargo, Lenin no dio el brazo a torcer y llamó al poder para los sóviets, los obreros y los campesinos. La postura radical de Lenin no tenía futuro en la constituyente que se iba a celebrar a finales de 1917, en la que su partido era minoritario pero sí tenía eco y futuro en las calles de Petrogrado.

Kerensky también leyó el peligro que representaban las ideas de Lenin, expuestas en sus famosas *Tesis de abril*. El gobierno provisional tenía varios frentes y se encontraba bajo constante amenaza. Por un lado, estaban los alemanes en el frente, cada día más cerca de tomarse la capital. Internamente, estaba el descontento social por la guerra y la carencia de comida. Por otro lado, estaban los antagonistas políticos, tanto de derecha como de izquierda. El gobierno provisional persiguió a Lenin y

a los bolcheviques, obligando a Lenin de nuevo al exilio y arrestando a otros líderes, entre ellos al carismático y elocuente Leon Troski. Con todo, la amenaza militar del general Kornilov de marchar sobre Petrogrado y tomarse el poder obligó a Kerensky a tener que escoger entre dos males. Kerensky no tuvo otra opción que liberar a los bolcheviques y empoderar más a los sóviets y a los seguidores de Lenin.

La revolución de octubre se produjo en parte por la voluntad de un líder que sabía que no volvería a tener la oportunidad para orquestar un cambio profundo y radical y en parte por una serie de elementos que parecían coyunturales pero que eran de una profundidad histórica descomunal. El descontento en Rusia era un tema antiguo y profundo que se había vuelto más complejo desde que empezaron a crecer las ciudades y las industrias. Por otra parte, la guerra aceleró y acentuó este descontento general.

Posiblemente, se seguirá discutiendo si Rusia estaba lista para una revolución de tal magnitud, y creo que uno puede argumentar de forma válida las dos respuestas. Sin embargo, de lo que estoy seguro es que en octubre de 1917 se dieron las condiciones para que un pequeño grupo de seres humanos se lanzara a buscar un cambio profundo.

Empecé este texto narrando que la revolución de octubre había sido un acontecimiento discreto y sim-

bólico. No obstante, creo que al finalizar este texto el lector ya se habrá dado cuenta de la magnitud del acontecimiento. Después de octubre Rusia de 1917 el mundo nunca sería el de antes. Internamente, Rusia se vio sumergida en una guerra civil descomunal de la cual saldrían victoriosos los rojos. Por fuera de Rusia, el cambio también se sintió. La idea de que la implementación de otro sistema político y económico diferente al capitalista industrial era posible empezó a rodar por las calles del mundo. Esta idea y las innumerables debates, disputas y conflictos en torno a ella marcaría gran parte del desarrollo del siglo XX.

REFERENCIAS

- Beckert, S. (2015). *El imperio del algodón: una historia global*. Barcelona: Crítica.
- Braudel, F. (1979). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Fazio, H. (2005). *Rusia en el largo siglo XX: entre la modernización y la globalización*. Bogotá: Uniandes-Ceso.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Osterhammel, J. (2014). *The transformation of the world: A global history of the nineteenth century*. Princeton: Princeton University Press.
- Procacci, G. (2001). *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Service, R. (2016). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Wolfson, R. & Laver, J. (1999). *Years of change; Europe 1890-1945*. Londres: Hodder and Stoughton.

